

La oveja negra

Antonio Villarroel



Capítulo 1

La oveja negra:

El pastor de ovejas con cara de hastío, sin querer, besaba su mano apoyada en el callado, con la melancolía de no tener mujer que lo acompañara, y que le besase su mano, como él lo hacía, pero sin ese hastío que vibraba bajo los parpados de sus ojos verdes, más bien como lo desearía este robusto pastor, con ternura y reverencia, era su ideal.

Así que aburrido, resignado, solo observaba al ganado pacer, a la extensa turba de algodón bullicioso en el verde campo. Era hora de comer, también él, se sentó en una peña y abrió su faltriquera, sacando una porción de suave y perfumado pan que había hecho su madre, se lo llevó a la boca mientras miraba a su público, habían muchas ovejas, y él se hallaba muy solo.

Después de comer, y de lanzar el odre de piel sobre la peña, se internó en el torpe público para inspeccionar -o para jugar-, aún faltaban horas antes de movilizarlas más arriba de la montaña, para que se abrevaran las ingentes ovejas. Algo le extrañó mientras caminaba, que por rara intuición observó con el rabillo del ojo, insidioso color azabache que bañaba a una extraña oveja.

Se distinguía en medio de las demás como una nube negra, augur de la tormenta que se avecina en un cielo despejado. Entonces, rascándose el hombro y quitándose el sombrero sudoroso, se quedó viéndola, a cada rato se olvidaba de que aquella oveja negra, se le había *aparecido* antes, pero como una oveja pequeña, diminuta, recién nacida, hacía un tiempo indeterminado, que mientras caminaba guiando al grupo la vio venir humildemente desde la boca del bosque a unirse familiarmente al hato, y le venía al verla también una sigilosa analepsis tras el olvido.

Ahora la observaba de este tamaño, con correlacionada impresión. Sus ojos verdes se ponían dubitativos, mientras la azuzaba. Al verla por primera vez a lo lejos, la tuvo inmediatamente como cosa funesta, y luego no se quejó, si bien solo era otra oveja, lo único inusual era su crecimiento, y otra cosa es que siempre olvidaba que estaba ahí, hasta que por casualidad la veía otra vez.

Era extraño, imposible, esa debía ser la madre, si, que había venido a buscarla, pero ¿y la cría? Entonces era esa la misma.

Algún amigo pastor, un viejo de orejas peludas, casi loco, le recomendó que se deshiciera de la oveja, la tirara de largo por un risco, o la inmolara sin comerse su carne, que era animal de mal augurio, enviada por algún enemigo, o incluso por el maligno. Pero él lo disuadía, pues solo pensaba

que se trataba de otro animal estúpido, se despedían entonces con la modosidad de los pastores pero el viejo recordándole aún a lo lejos su insipiencia.

Una mañana tocaba esquilas, llevó a todas las ovejas al corral, y sintió que faltaba algo, la oveja negra, pero no lo recordó, solo cabía en sus sensaciones aquella duda, como si ella nunca hubiera existido, y *nunca la halló*.

Ese día en que esquiló a las ovejas, se hizo una pequeña fiesta en su casa, su madre había preparado un estofado de oveja, y también había vino y frutas campestres, estaban ahí el tío de Juan –que se llamaba Juan, el pastor- Dando el pésame de que su hermano-El padre de Juan- no estuviera entre todos para compartir, también estaba la tía y sus dos hermosas hijas, los abuelos maternos de Juan, otros tíos y tías maternos y primos, se invitó al panadero y a su familia, a dos vecinos inmediatos, también el carpintero, el arriero, y el labrador estaban ahí, personas comunes, excepto el chino de la comunidad china que vivía en una casa de árbol construida por el mismo. Faltaba también el viejo loco, amigo de Juan que por casualidad no se había aparecido, pues esa misma tarde en que disfrutaban de la carne y del vino, los niños jugaban, las ovejas resguardadas, el viejo loco se había muerto en medio de sus ovejas, cuando lo encontraron no tenía cabellos en la cabeza, ni barbas, ni cejas, parecía un monje budista, porque las ovejas se lo habían comido.

La noche de su entierro, en que fueron con exactitud las personas de la fiesta, todos se culpaban internamente porque ninguno recordaba haberlo invitado a la fiesta, o recordaba recordarlo, pero ante la muerte parecen recobrar el recuerdo a pequeños intervalos, porque la muerte es el común acuerdo que tienen todos con la vida. Juan tuvo en su lecho una pesadilla.

Su padre le contó a través de un sueño, que antes de morir alguien le había augurado que vería a un caballo negro, y aunque supo que así fue, no lo recordaba, encogiéndose de brazos dijo nunca haberlo visto. En su vida él tenía una relación estrecha con los caballos, “y así uno de ellos me daría el pase a la muerte, un caballo negro”. Su memoria entonces se desvanecía como el humo igual que él, el hijo despertó de la pesadilla con la sensación de no recordar nada.

Al día siguiente que salió, madrugador como siempre de su casa, y dejaba a su madre, para ir con el ganado, se sentía un poco cansado, no solo por la mala noche si no de no tener a una mujer que lo reconfortara en la mañana, -Al menos no como su madre- o redundando en el principio de mal, que lo entretuviera con sus suspiros nocturnos y que con caricias le procurara un sueño celestial.

Pero, al parecer la suerte no se le había dado, viendo nuevamente con el callado sobre sus rodillas al ganado, sentado calladamente sobre la misma peña, casi en reconstrucción retrospectiva, había vuelto a adentrarse entre las ovejas, para inspeccionar o para jugar, con las mismas sensaciones, quizá los mismos pensamientos, pero no lo recordaba y vio a una oveja negra y se preguntó de dónde había salido, sintió la presencia de la oscuridad en el cielo, las nubes se posaban sobre el sol desenfadado, y al ver hacia abajo la oveja ya no estaba.

En el momento en que desapareció la recordó, con un sentimiento extraño en el estómago, recordó el funeral del loco ocasional, cuya amistad parecía el molde satírico de un padre. Recordó el sueño de su padre y sintió ganas de llorar.

Su padre le había dicho que un animal le había procurado antes de su muerte algo trascendental -Siendo la muerte misma- pero no lo recordaba. La oveja siempre llevaba una campana en el cuello pero nunca lo había notado, hasta que escuchó aquel campaneó sobre la colina que bajaba por un camino hacia el pueblo,-No el que él tomaba- entonces la oveja se perdió en la perspectiva y Juan pensó si sería buena idea ir a seguirla.

Soltó el callado y corrió hacia la colina. Cada vez que encontraba a la oveja a un tiro de piedra desaparecía, pero ahora parecía no la podía ver frontalmente, si no que con el rabillo del ojo podía atisbarla, y luego seguirle el paso, o luego la veía de frente pero se había mimetizado con el entorno, como si fuera una oveja subliminal.

Como loco la siguió, hasta que entraron en el pueblo, eran las ocho de la mañana y el panadero abría su fábrica de pan, sabía que por aquella estrecha calle habían pasado las patas de su oveja mágica, y le preguntó al panadero que salía con su hermoso y engominado bigote a sacar la basura, si había visto pasar por ahí a una oveja negra, negativamente le respondió con honda y vana curiosidad, hasta que escuchó el campaneó calle arriba, subiendo por la iglesia.

La siguió con celérica exacerbación por las calles adoquinadas y se topó con el párroco, que abría las puertas de la iglesia y le decía al sacristán que subiera a tocar las campanas, para empezar la misa, interrumpió el pastor para preguntarle con gesto de fe si había visto a una oveja negra que se había escapado de su rebaño y que había subido por aquí, el párroco lo negó con la cabeza y se entró en la iglesia, con las manos dentro de las anchas mangas.

En eso vio una sola pata de la oveja negra y un solo sonido de campana que provenía de la próxima esquina, vio más adelante con el rabillo del ojo, ya aprendido este truco que parecía provisión inequívoca del destino, que bajó por una calle en donde un anciano ciego fabricaba sillas de

mimbre, se acercó a él y le preguntó sin darse cuenta de su mal de nacimiento si había visto a la oveja negra, el anciano levantó la mirada vacía del mimbre que fabricaba, y respondió que no, riéndose del obvio hecho.

Pero que había oído la campana, si era la de su oveja había cruzado en la inserción de la trifurcada calle y que se había ido el sonido de aquella lata por la derecha, le agradeció y siguió buscando. Por alguna razón comenzó a trotar y una ráfaga de viento le tumbó el sombrero, cuando lo levantó del suelo frente a sus ojos estaba la oveja negra en medio de la calle, un carro de cuatro caballos venía distraído a mucha velocidad y si Juan el pastor no se hubiera percatado por un movimiento de la oveja, hubiera acabado allí con su búsqueda.

La oveja lentamente tintineando su campana entró en una librería posada frente a ambos y en el oscuro de su interior desapareció, después de haberla encontrado y esperado lo trascendental y viendo que su primera acción era entrar en aquella librería, decidió seguirla, al entrar se percató de que ya no estaba, buscó a través de los estantes sin percatarse de la joven bibliotecaria que lo observaba, era rubia y de ojos de color azul triste, azuzaba, por aquí y por allá, y no la encontró.

-¿Y usted que busca señor?- Preguntó con una sonrisa.

-Estoy buscando a una oveja negra.

-Me temo que ese libro no lo tenemos.

Cuando se levantó del suelo y vio su rostro, se quitó el sombrero con devoción inusitada y se aproximó hacia ella

-Disculpe señorita, yo soy un pastor, y mi oveja se escapó, tuvo la idea de entrar aquí según pude ver, pero ahora no logro encontrarla.

Seguramente se escondió en una novela pastoril, esas novelas me gustan mucho.

Unos meses después ella era la esposa y la amiga que besaba las manos del buen pastor con ternura y reverencia, y disfrutaban cada día de su propia novela pastoril.

FIN

